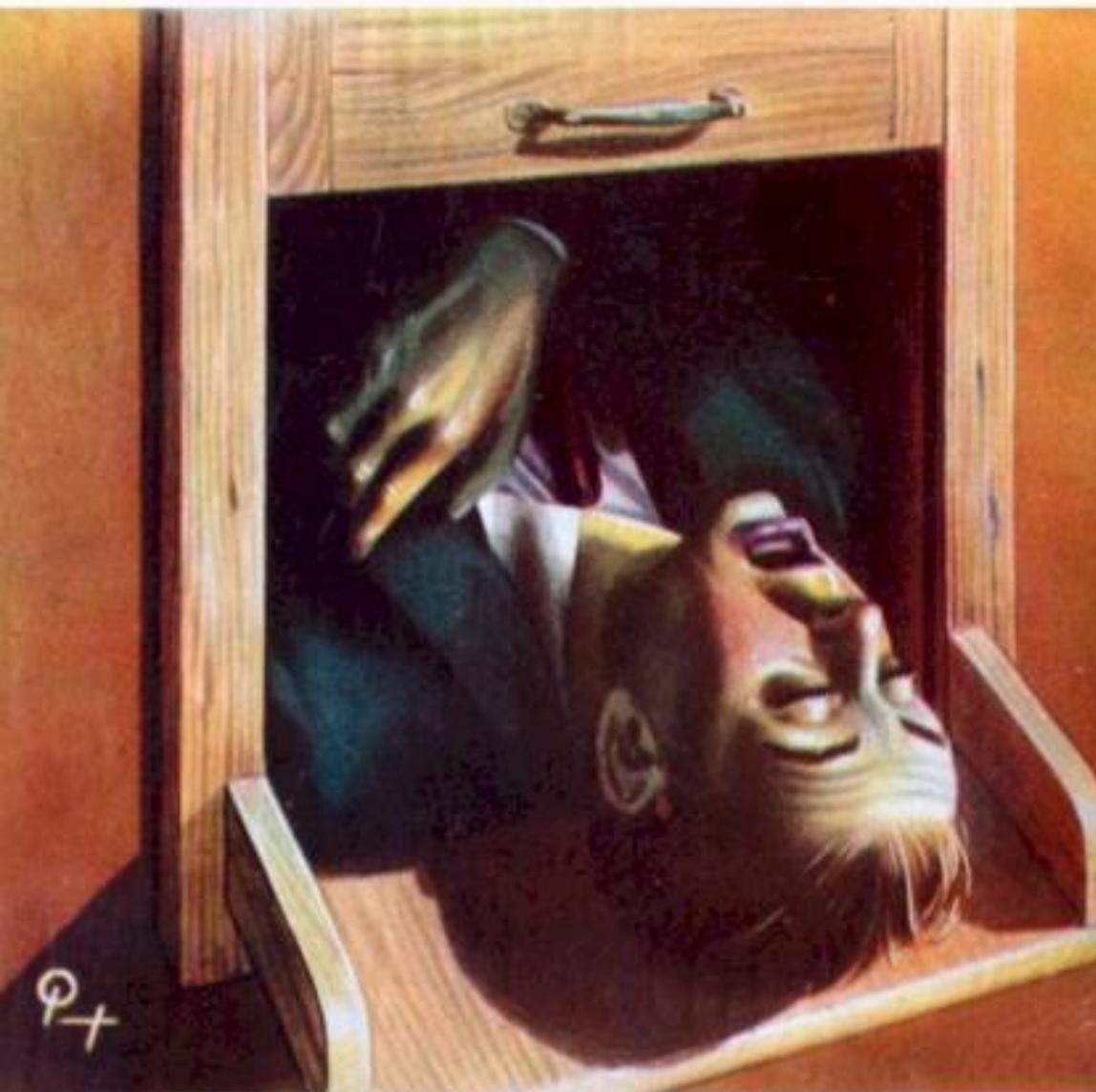


Marcas en la Pared

11

MILTON PROPPER



COLECCION

Rastros

Cuando se encuentra a un joven asesinado en el conducto de lavado de una casa vacía, el detective Tommy Rankin debe indagar la identidad del hombre. Una fortuna, dos hombres que afirman ser el heredero desaparecido, un crimen enterrado hace cinco años, un garabato críptico y parcialmente borrado en la pared de la antigua casa y una gran cantidad de sospechosos se enfrentan a Rankin.

MARCAS EN LA PARED

Milton Propper

CAPÍTULO I

Diremos para empezar que fue un error de la secretaria de Hilton & Rowe, administradores de propiedades, lo que precipitó el descubrimiento del crimen. Esto no quiere decir que si no hubiese sido por ese descuido no hubiera salido a la luz. No es posible que alguien, aun siendo desconocido en Filadelfia, desaparezca sin que el hecho se note. Es seguro que con el tiempo se habrían de hacer preguntas, las cuales, llevadas a su última consecuencia, habrían tenido por resultado el descubrimiento del cuerpo. Pero una distracción, más una curiosidad natural, adelantó su descubrimiento en, tal vez, muchos meses, y alteró el curso de la investigación subsiguiente; el orden lógico del desarrollo ciertamente se cambió, y si el caso no hubiera estado a cargo de Tommy Rankin, aun el resultado pudo haber sido distinto.

Joe Stokes y su esposa Edith, quienes hacía dos días que andaban en busca de una casa para alquilar, vieron por casualidad un letrero en el N.º 5806 Sewell Road. Estaba situada en Mount Airy, la sobria y antigua sección de la ciudad, y era una atrayente casita de piedra de dos pisos y medio, sobre una calle tranquila y umbrosa. Tenía un terrinito de césped, con arbustos que sombreaban las ventanas delanteras de la casa y enredaderas que trepaban por las paredes. Podría haber parecido demasiado grande para las necesidades de los dos jóvenes esposos, pero por estar casados hacía ya tres años, los Stokes tenían una familia creciente: dos varones gemelos y una niña, la madre de Edith

y el perro; y además el hermano de Joe vivía con ellos cuando venía a la ciudad. Nunca habían podido establecerse en un departamento de dos habitaciones y una alcoba, como era la intención de los nuevos casados.

Fue la esposa quien vio el letrero, mientras se dirigían de casa en casa en su búsqueda.

—Mira, Joe, esa es una linda casita para alquilar, ¿no es verdad? —dijo animadamente—. No es una de esas casas en hilera, y además tiene un jardín. Y no hay mucho tráfico, por lo tanto no habrá peligro para los chicos —agregó.

Por quinta vez su esposo paró repentinamente su auto, retrocedió al borde de la acera junto a la casa y la miró detenidamente.

—Sí, no está mal, pero parece demasiado grande —dijo con cautela—. ¿Pero qué tranvías y ómnibus pasan por aquí? Y en esta vecindad, tal vez el alquiler exceda a nuestros recursos.

—Sin embargo, también es posible que pidan algo razonable —contestó Edith—. De cualquier modo, no perderemos nada con averiguar, en vez de echar un jarro de agua fría a la idea, como tú siempre haces.

Joe Stokes reconoció la aguda determinación de su esposa en su voz y se encogió diplomáticamente de hombros.

—Muy bien, conseguiremos las llaves. ¿Quién será el encargado? —dijo Joe y copió el letrero que decía: «Hilton & Rowe» 11/12 Angrew St. Esa calle quedaba más allá de la avenida Erie. En esto se diferenciaba de la mayoría de los administradores de propiedad, quienes estaban situados cerca de la propiedad que administraban.

Los Stokes tuvieron que viajar seis kilómetros hacia el centro de la ciudad para lograr la información que necesitaban. Aparentemente Hilton & Rowe no era una organización muy grande. Aunque costosamente amueblada con escritorios de roble, alfombras suntuosas y sillas tapizadas, la oficina era pequeña, y el personal visible consistía de un

hombre y una muchacha. Esta última atendía a los probables inquilinos. Era una rubia oxigenada, con uñas color sangre, voz nasal y modales atrevidos. La placa sobre su escritorio la identificaba como a la señorita Kelley.

Las dimensiones de la casa N.º 5806 Sewell eran satisfactorias y tenía *garage*, como lo deseaba el esposo. Pero este se detuvo de pronto al oír el alquiler mensual, y agregó inmediatamente que ya no tenía interés; y únicamente cuando *miss Kelley* le aseguró que era probable que los dueños estarían dispuestos a considerar un ofrecimiento más bajo, accedió al deseo de su esposa de examinar la casa. Así, pues, luego de obtener la llave volvieron a la casa vacía.

Mientras Edith Stokes miraba con curiosidad por las ventanas delanteras, Joe metió la llave en la cerradura. Con gran sorpresa suya, no podía dar vuelta a la llave. Empezó a maldecir en voz baja, y en esto se acercó su esposa.

—¿Qué pasa, Joe? —preguntó con impaciencia—. No seas tan lento y torpe.

—La maldita llave no corresponde —dijo irritado mientras forcejeaba en la cerradura—. O el candado está oxidado.

—Ten cuidado, que lo vas a romper, Joe... —amonestó ella con ansiedad—. Déjame probar. Los hombres tienen manos de manteca.

Ella le arrebató la llave, pero tampoco tuvo éxito. Su esposo se hallaba en suspenso detrás de ella; le picaban los dedos por el deseo de volver a probar la llave. Cada cual tenía la certidumbre de que podía manejarla mejor que el otro. Entonces la señora de Stokes también perdió su paciencia y empezó a sacudir la puerta.

—Tal vez sea la llave de la puerta de atrás, o de otra... —sugirió el esposo; pero ella le interrumpió. Movida por un impulso repentino, ella había retirado la llave y examinó el rótulo que colgaba de ella.

—No es de extrañar que no funcione —exclamó exasperada—. Esa estúpida muchacha se equivocó y nos entregó una que no corresponde. Apostaría que la miró de abajo a arriba. Esta es del número cincuenta y ocho cero nuevo, no cincuenta y ocho cero seis.

—¿Cincuenta y ocho cero nueve? —repitió Joe—. Esa debe ser la casa de enfrente.

La mirada de Edith siguió a la de su esposo hacia la casa de enfrente, donde había otro letrero «Se vende o se alquila», también de Hilton & Rowe. Era un rótulo grande como convenía a una propiedad de mucho valor. El edificio que se levantaba a bastante distancia de la calle, estaba rodeado por un espacioso prado de césped, con numerosos árboles viejos, y todo él rodeado por un seto. Debido al haber estado mucho tiempo deshabitada, este estaba despejado y el césped crecía en desorden. Un caminito pasaba debajo de las columnas del pórtico hacia el lado derecho del edificio y doblaba hacia atrás desde la misma entrada. De su curva interior salía otro caminito que conducía hacia el interior de la finca. Allí se guardaban los carruajes en otros tiempos, actualmente era un *garage*, bastante espacioso como para acomodar a tres automóviles. Este también tenía pórtico, segundo piso y viéndose a un costado quedaba la casita del jardinero.

La residencia en sí era vieja y grandísima, un edificio de piedra y arena de tres pisos, de un color amarillento-verdoso con tejado de pizarra. Su rasgo más notable era el predominio del vidrio. La puerta sobresalía, y al vestíbulo encerrado por vidrios se llegaba desde un patio empedrado. La habitación del extremo izquierdo era casi toda de vidrio, parecía destinada para tomar sol, y un semicírculo de vidrio se extendía detrás del mismo a la manera de una rotonda. En el lado derecho y de la parte de afuera, el pórtico se hallaba cerrado por un enrejado y dos muros que se unían en el camino para autos debajo del pórtico. La mayor parte de las ventanas principales estaban formadas de muchos pe-

queños pedazos de vidrio enmarcados en hierro, al estilo gótico.

Mirándola, Edith Stokes olvidó prontamente su contrariedad.

—¡Es una verdadera mansión, Joe! —exclamó ella excitada—. Aquí debe de haber vivido una familia rica. Usemos la llave para echar un vistazo por dentro; a mí me gustaría ver cómo es.

—¡Santos cielos! Edith, sé sensata —la amonestó su esposo—. No hay nada adentro. Está absolutamente vacía. Además, no podemos perder más tiempo. Tenemos que encontrar pronto una casa o volver por los chicos.

—Mi madre los cuidará, aunque lleguemos tarde —auguró Edith—. Esta es nuestra primera ocasión de conocer una propiedad magnífica. Vamos, Joe, será divertido.

—Sí, si es que no nos arrestan por entrar —replicó él contrariado—. Puedes ver casas de más lujo en el cine.

Antes que la señora de Stokes pudiese contestar, una robusta mujer de cara colorada apareció en los escalones de la casa de al lado, con una escoba en la mano. La esposa corrió precipitadamente hacia ella, atravesando el césped.

—Disculpe, señora. Tenemos curiosidad por esa casa. ¿Sabe usted quién es su dueño?

La *hausfrau* la miró atentamente y señaló con la escoba.

—¿Esa casa? —preguntó—. Parece que mucha gente se interesa por ella últimamente.

—¡Oh, no!, yo pregunto solamente —replicó enseguida Edith—. Estamos buscando casa, pero por supuesto esa es demasiado grande. Una verdadera mansión.

—Bien; es la vieja propiedad de Weber. Lleva ya cinco años vacía. Antes de que yo viniera a este barrio. Solamente, como ya le he dicho, ahora hay gente que la ronda.

—¿Weber?... —Edith trataba de recordar ese nombre que le era familiar—. ¿Quién es ese señor?

—Sí. Usted lo debe haber oído. Son los fabricantes de bebidas alcohólicas; hicieron dinero con su cerveza de Heidelberg, antes de la Ley Seca —agregó la *hausfrau* intencionadamente—. Eran el viejo y tres o cuatro hermanos, pero todos muertos ya. Uno se mató hace unos años. Se arrojó de un bote o cosa semejante. Después de eso, cerraron la casa y se fueron.

—¡Oh!, sí, gracias. —Edith se volvió a su esposo, mientras la otra empezó a barrer enérgicamente—. ¿Has oído eso, Joe? —Y repitió la información como si ella la supiera por sí misma—. Tú recuerdas haber leído acerca de ese suicidio, ¿no es así?

—Bien, ¿y qué hay con eso? —dijo nuestro hombre, sin impresionarse. Todavía creo que es una maldita locura el andar curioseando donde uno no tiene el derecho de entrar.

—Aunque lo sea, yo he de hacerlo —insistió Edith terca—mente—. A mi manera de ver, es positivamente romántica. Y no me importa si la tengo que ver sola.

Imperiosa, alzó la cabeza y, sin más palabras, se apresuró a cruzar la calle. Joe la miró con una expresión indefinible hasta que ella llegó al terreno de al lado del camino. Entonces, como ella tenía la llave, la siguió con resignación, pero, para decir la verdad, a él también le picaba la curiosidad.

No encontrando ninguna dificultad en la cerradura del número 5809, la señora de Stokes, excitada, entró al vestíbulo de vidrio y allí se paró de repente para esperar a su esposo. Se sentía rodeada de un ambiente penetrante, casi siniestro, que le infundía temor y que era más fuerte que el aire cargado de tierra, moho y humedad, que es de esperar en toda casa vacía por tan largo tiempo. Podía haber sido el aspecto sombrío de tanto espacio vacío. El denso follaje de los árboles sombreaba el interior de la casa aun de día, y el sol que penetraba por los vidrios formaba rectángulos en el piso —formas fantásticas a través de columnas de

partículas flotantes. En medio del profundo silencio, el aire frío era más opresivo que el calor. Edith no era nada imaginativa. Sin embargo, más tarde, ella insistió que había oído hedor de materia descompuesta en el aire húmedo, aún, de muerte. De cualquier manera, le faltó coraje y tembló involuntariamente sin saber por qué.

Desde el salón, a ambos lados, se abrían puertas francesas. Las del lado derecho daban a lo que podía haber sido una biblioteca. Su pared delantera, a lo largo de la cual había un asiento, era convexa. Más allá, el vestíbulo se ensanchaba hacia una puerta lateral, en dirección a un pórtico y al camino, y terminaba en un antecomedor. Formando ángulo recto con la pared de la izquierda, una majestuosa escalera ocupaba el espacio. Al mismo lado de la habitación delantera, había una amplia sala y más allá estaba la terraza. Después estaba el comedor y a su izquierda una habitación que evidentemente era un invernadero. Una amplia despensa detrás de la escalera daba al cuarto de baño y a una inmensa cocina, y más atrás aún el lavadero y las dependencias.

Mientras los esposos pasaban de habitación a habitación su asombro aumentaba cada vez más. Vencida su inquietud momentánea, Edith prorrumpía en exclamaciones, encantada por las ricas paredes artesonadas, por los marcos de las ventanas y por la chimenea de la sala. En el invernadero descubrieron estantes de mosaicos para plantas, un surtidor y una fuente de forma ovalada. Edith, con su manera de ser femenina y práctica, examinó el fogón, los armarios y artefactos algo anticuados de la cocina, la única pieza amueblada. Una puerta unía la cocina con las habitaciones del servicio doméstico, y otra llevaba al sótano. Aquí abrieron una puerta que conducía a las habitaciones del servicio doméstico y otra al sótano. Pero cuando Edith quiso descender a este último, Joe se interpuso y ella vaciló en bajar sola por la oscuridad. Por todos lados había rinco-

nes, repisas, pequeños cuartitos; uno de ellos, debajo de la escalera, era tan profundo como una cámara.

—¡Cielos, Joe! Verdaderamente tenían mucho espacio para almacenar —comentó Edith—. En nuestra casa usaríamos esto como vestíbulo.

—Claro que sí —dijo su esposo—. Pero sigamos, ya hemos visto bastante.

—¡Oh! No nos iremos hasta que hayamos estado arriba también —replicó Edith rápidamente—. No sería sensato partir sin haber visto antes los dormitorios.

Joe gruñó:

—¡Muy bien, date prisa!

La escalera doblaba a mitad del trayecto para tomar hacia un vestíbulo parecido a una L invertida; había una baranda a lo largo de la escalera. El brazo más largo de la L corría de delante hacia atrás y estaba arbitrariamente cortada por puertas estilo francés que separaban las habitaciones delanteras. El dormitorio a la derecha tenía un enorme ropero con tres puertas y llegaba hasta el cielo raso, al lado había un cuarto de baño. Pasando las puertas había ventanas de vidrio de color, al mismo lado del vestíbulo; debajo de estas ventanas había baúles que servían de asientos. El dormitorio principal tenía una chimenea, y estaba situado a lo largo del brazo más corto de la L, y en el fondo miraba hacia un techo de cinc en pésimo estado. Este pasillo terminaba en otra alcoba y un «boudoir» separado.

El cuarto de baño de la esquina trasera del piso contenía lo que era tal vez el mueble más novelesco. Era un recipiente de porcelana del tamaño de un cuerpo humano, hueco como un caracol, pero con partes anchas. Las partes delanteras eran absurdamente cortas, mientras que las de atrás, mucho más largas, soportaban casi todo el peso de la bañadera. Joe Stokes no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Cielos!, qué aparato —exclamó—. Parece que una tina común no era bastante buena para esa gente rica.

—Por supuesto, querido, es un baño para sentarse o acostarse —dijo la señora—. Son verdaderas antigüedades. Había oído hablar de ellos, pero nunca los había visto hasta ahora.

Entonces nuestro hombre notó por primera vez el peculiar descolorido del piso. La luz era mucho más fuerte en las habitaciones de arriba, y especialmente se reflejaba muy clara contra los mosaicos blancos. Lo que él vio eran numerosas manchas de un marrón rojo; algunas eran grandes, otras parecían gotas.

—Mira, Edith, ¿no es extraño esto? —las señaló—. ¿Qué opinas? Si no pareciera una locura, diría que es sangre vieja.

Edith recordó su presentimiento al entrar, pero sacudió la cabeza vigorosamente.

—¡Oh! No. No puede ser. Probablemente son manchas de pintura o barniz. Tal vez han pintado algunas habitaciones desde que vaciaron la casa.

Al salir del baño observaron que las manchas seguían hasta el vestíbulo. Había, en efecto, una verdadera hilera de ellas de varios tamaños, pero cada vez más pequeñas y menos frecuentes. Siguieron a lo largo del corredor y al llegar a una media puerta en la pared, detrás de la escalera, ya no había más. Aquí se veía la última mancha, como si fuera un charco seco.

El esposo medio se agachó, con la frente fruncida.

—No me gusta esto, Edith —declaró gravemente—. Podría jurar que esto es realmente sangre. No te olvides que trabajé en una carnicería antes de dedicarme al negocio de autos.

Pero como la señora examinaba la puerta encima de la mancha, hizo caso omiso del comentario de su esposo.

—Ven, aquí hay una pieza que no hemos visto. —La abrió—. Oh, no, parece ser un «tobogán» para ropa. —Miró hacia el declive del «tobogán», escasamente iluminado—. Mira, va hasta el sótano. ¡Oh, Joe!...

Se interrumpió bruscamente, y su grito agudo resonó por la casa silenciosa. Alarmada, retrocedió, su cuerpo rígido y su cara blanca reflejaban el mismo temor que su alarido. Joe Stokes saltó a su lado, preguntando ansiosamente:

—¿Qué pasa, querida, qué pasa?

La respuesta de Edith fue distraída e incoherente.

—No sé, hay un olor muy desagradable allí abajo... como... como algo en descomposición. Me descompone... Y hay algo ahí abajo... un animal o alguien...

—Tú imaginas cosas —Joe la consoló—. Déjame ver, no hay motivo para tener miedo.

Al decir esto ya había ocupado su lugar al lado de la puerta por donde penetraba la única luz hacia adentro. De repente dio un paso hacia atrás, su mirada fija y seria, y su voz se tornó grave.

—Quiero que te quedes aquí mientras yo voy abajo durante algunos minutos —dijo a su esposa—. Y ya sabes, justamente aquí, no te muevas ni vagues por ahí.

—¿Qué es Joe? —Ella preguntó sin aliento—. Era cierto lo que dije acerca... de que algo extraño había.

—Nada de eso. Si hay algo, no será sino un bulto olvidado. Pero igual quiero investigar. —El esposo empezó a descender y desde la escalera repitió—: Ten cuidado no me sigas. No demoraré mucho.

—Muy bien, no me hagas esperar —dijo Edith—. No me gusta estar sola.

Él la dejó al borde de la escalera mientras ella lo miraba por encima de la baranda hasta que él entró en la cocina.

Como ya lo habían descubierto, la puerta que daba al sótano se abría en aquel lugar. Al venir de la brillante luz solar del piso de arriba, la oscuridad abajo era como boca de lobo. Joe Stokes instintivamente alzó la mano para buscar la llave de la luz eléctrica, pero se detuvo: la corriente, naturalmente, como en toda casa vacía, había sido cortada. Al llegar abajo se paró para encender un fósforo y para orientarse. Si el «tobogán», o conducto para la ropa sucia,

descendía por detrás de la escalera principal, debería terminar en la pared que se hallaba enfrente y un poco a su derecha. El fósforo se apagó, acentuando la oscuridad antes que encendiera otro. Ciertamente la llama reveló débilmente las vigas de madera en el cemento.

Sobreponiéndose para cualquier cosa desagradable, Joe abrió el picaporte de metal del «tobogán». Como impulsada por una mano invisible o presión interior, la puerta se abrió hacia afuera. Entonces, como si tuviera vida o empujado por un resorte, el exánime y encogido cuerpo de un hombre cayó hacia adelante.

CAPÍTULO II

Eran las tres y cuarenta y cinco de la tarde de ese mismo sábado del mes de mayo, cuando Tommy Rankin, del Departamento de Detectives de Filadelfia, llegó al lugar de la tragedia. El chocante descubrimiento de Joe Stokes había ocurrido más o menos a las dos y media, habiendo sido denunciado inmediatamente al oficial de guardia. Edith, temerosa de quedarse en la casa vacía con un cadáver, acompañó a su marido. El policía llamó a la seccional desde un teléfono de la calle, y a los diez minutos, un sedán rojo, con dos pesquisas vestidos de civil, llegó a la propiedad de Sewell Road. Mientras tanto, la comisaría notificó el caso al Departamento Central en la Intendencia (City Hall). De esta tortuosa, si no dilatoria manera, la Sección de Homicidios se hizo cargo del caso y Rankin fue encargado de su investigación.

Antes de empezar tomó las medidas usuales que consistieron en llamar al médico forense, doctor Sackett, al perito en impresiones digitales, Johnson, y a los fotógrafos oficiales, quienes pronto habrían de seguirle para ayudarlo en sus distintos campos de especialización. Para que le acompañase, llamó al detective Jenkins, un astuto y hábil veterano de muchas investigaciones anteriores.

El detective se dirigió en su propio coche, un Spanner, hasta la dirección de la calle My. Airy. Era un trayecto de doce kilómetros desde Broad Street y a través de la histórica sección suburbana de Germantown. Cuando se unieron al coche policial, en la propiedad, no había allí señal de ex-